

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL SILUETA DE VOLTAIRE

“A hora que ya no hay elegancia”, se queja Proust, “me consuelo recordando cómo vestían las damas que conocí en otros tiempos.”

No sólo las damas, también los caballeros. He aquí un retrato que ilustra cómo vestía Voltaire en 1763 trazado por un testigo presencial: “llevaba siempre chinelas grises, medias color gris metal, con extremos doblados hacia abajo, una ancha casaca damasquinada de algodón hasta las rodillas. Una gran peluca larga y encima de ella un pequeño gorro de terciopelo negro. A veces, los domingos, vestía un vistoso traje de color bronce, en juego con chaqueta y calzones, la chaqueta de amplios faldones, galones dorados, festones y bordados, y puños de encaje hasta la punta de los dedos; decía él que el traje le daba apariencia distinguida”. Nunca se ha vestido con menos gracia que ahora y pocas con más elaborada inventiva y coquetería que en el siglo XVIII.

Voltaire vivió favorecido de briosa vitalidad más de ochenta años. El gran Gibbon lo visitó en su finca Les Délices, cerca de Ginebra, en Suiza, donde se daban funciones de teatro, y vio representar su obra *El buérfano de la China*, con Voltaire y su sobrina, madame Denis, en los papeles principales. He aquí la escena pintada por mano maestra:

estaba yo demasiado perplejo ante la ridícula figura de Voltaire ya septuagenario, haciendo de conquistador tártaro con voz hueca y cascada y cortejando a una sobrina realmente horrible de unos 50 años. La obra dio comienzo a las 8 de la tarde y acabó cerca de media hora después de las 11. La compañía fue invitada entonces a quedarse y a las 12 nos sentamos a una elegante cena de unos 100 cubiertos. La cena dio fin a las 2, la compañía bailó hasta las 4; cuando ya no aguantamos más, abordamos nuestros carruajes y regresamos a Ginebra, cuando abría sus puertas. Dime si conoces a otro famoso poeta en la historia o la leyenda que a los 70 años haya representado sus propias obras y haya concluido con cena y baile para 100 personas.

Y concluye: “El frenético baile final es lo que me pareció más extraordinario.”

Voltaire se pasó la vida rebuscando en todos los géneros literarios, era incansable: escribió de historia, política, filosofía, novelas, poemas cortos, largos y larguísima, ensayos, panfletos polémicos o calumniosos, un número enorme de cartas, pero sobre todo escribió tragedias en verso. El teatro fue el que en su tiempo le dio fama y, en parte, fortuna (ya se sabe que Voltaire fue siempre ávido y sagaz hombre de negocios).

Ahora, aquí aparece la paradoja volteriana, pues Voltaire, gran agitador, abogado de la tolerancia y la justicia, revolucionario y jacobino, fue uno de los exponentes más reaccionarios del teatro neoclásico francés. Esta fidelidad a las rígidas reglas neoclásicas hace que sus pomposas y declamatorias tragedias hayan sido por completo olvidadas. El ultraconservador llega a proferir: “lo más horrible de todo es que el monstruo tiene partidarios en Francia, y para colmo de calamidades y horrores el primero en hablar hace tiempo de este sujeto; yo mismo el primero en mostrar algunas perlas que había encontrado en su enorme estercolero. No podía imaginar entonces que un día ayudaría a pisotear las coronas de Corneille y Racine para adornar la frente de un bárbaro histrión”.

¿De quién habla Voltaire? De Shakespeare, nada menos. Qué manera de equivocarse, ¿verdad?

Es curioso que de la enorme masa de escritos de Voltaire, cuarenta tomos, queden vivas sólo una novela corta, encantadora, *Cándido*, polémica contra Leibniz, que, por cierto, disputa con un fantasma, pues interpreta mal lo que afirma el gran filósofo alemán, y un extraño ensayo, el *Diccionario filosófico*. Y, claro, quedan la risa y la sonrisa de Voltaire, y creo que es realmente afortunado quien es recordado por su sonrisa, ¿no es cierto? —

— HUGO HIRIART

ÚLTIMA CARTA LA NUEVA FAMILIA

Cuando la joven Stanley Ann Dunham salió de Kansas, corazón de la América profunda, para estudiar antropología en Hawái, lejos estaba de imaginar que su vida acabaría convirtiéndose en ejemplo de la transición estadounidense.

Stanley Ann, hija única de un matrimonio formado por anglosajones trabajadores de clase media, partió sin que Madelyn, su madre, pudiera suponer que la vida de esta típica familia americana sería arrasada por un huracán que la transformaría en emblema de las nuevas formas de vida familiar en el siglo XXI: poliédricas y multiculturales.

Ya desde los albores de la década de 1960 podíamos vislumbrar que los cambios que se avecinaban para el mundo eran imparables. Las innumerables protestas contra la fallida guerra de Vietnam, los miles de jóvenes gritando en las calles su odio contra el régimen estadounidense y el hartazgo frente a la discriminación racial hacían que por primera vez nos atreviéramos a soñar: “No habrá ni descanso ni tranquilidad en Estados Unidos hasta que el negro tenga garantizados sus derechos de ciudadano. Los remolinos de la revuelta continuarán sacudiendo los cimientos de nuestra nación hasta que emerja el esplendoroso día de la justicia.”¹

Las demandas y cambios gestados en la década de los sueños tuvieron su germen en la Segunda Guerra Mundial. Pearl Harbor marcó el corazón americano, pues por primera vez el país fue violado e invadido en su integridad territorial, lo que supuso una dura prueba tanto para el pueblo como para la clase política encabezada por Franklin Delano Roosevelt, que encontró el camino para que su país comenzara una nueva fase guiado por dos postulados inquebrantables: 1) ningún hombre puede hacer frente a un desafío de tal magnitud estando solo; estos no son

tiempos ordinarios, son extraordinarios y 2) sólo hay que tener miedo al miedo mismo.

La difícil situación que precedió a la revolución de 1968 nos da, cuatro décadas después, las claves para entender la transformación que las elecciones estadounidenses han significado y cuyas esperanzas nos atan a Barack Hussein Obama.

En esos años sesenta, con la guerra por los derechos civiles de por medio, mientras el presidente republicano Dwight Eisenhower advertía que el nuevo poder superior estaba en los complejos industriales, una pareja poco convencional —formada por Stanley Ann y el keniano Barack Hussein— veía nacer a su primogénito, que a la postre sería el presidente número 44 de Estados Unidos.

El fruto de la educación mixta de Obama —que siendo cristiano fue a una escuela católica en un país de mayoría musulmana— se debe sobre todo a su abuela Madelyn, con quien permaneció durante su adolescencia y quien hizo hasta lo imposible por pagarle la mejor escuela de la ciudad, hasta que logró ingresar a la Universidad de Columbia.

Obama es el ejemplo del americano universal, producto de un cultivo gestado en Yakarta, Manila, Bali y Honolulu, ciudades donde creció y aprendió de su abuela Dunham el amor a la patria ausente. Ella, que siempre lo apoyó y motivó para alcanzar sus sueños y que al final de sus días le regaló, como miles de ciudadanos más que también confiaron en el cambio, su voto, enviado por correo días antes de su muerte.

La octogenaria Madelyn Dunham se convirtió en noticia cuando el candidato demócrata expuso la tensión racial que sobrevive en Estados Unidos, confesando que los injustificables prejuicios raciales habían aflorado incluso en el seno de su propia familia. El candidato se refería a una anécdota consignada en su autobiografía *Dreams of My Father*, donde narra que Toot, diminutivo de abuela en la lengua nativa hawaiana, se quejaba de las molestias que le ocasionó un mendigo que la había acosado en la parada de autobús. El abuelo confesó que el temor



Obama y sus abuelos: la nueva familia estadounidense.

de su esposa se debía a que el hombre en cuestión era negro. Según Barack, el mundo se le vino encima: “Nunca me dieron motivo (los abuelos) para dudar de su amor [...]. Pero me di cuenta de que hombres que podían fácilmente haber sido mis hermanos todavía les inspiraban los temores más instintivos.”

El día que el primer candidato afroamericano a la presidencia de Estados Unidos aprendió de Thomas Jefferson que la relación entre amo y esclavo es “un ejercicio perpetuo de despotismo de una parte y sumisión degradante de la otra”, y que nuestros hijos lo aprenden y lo imitan, envileciendo a su patria, tuvo la oportunidad de comprender que el principio constitucional de igualdad no basta para que su pueblo olvide el dolor de la segregación.

Pasadas las primeras emociones de las elecciones del pasado 4 de noviembre, una jornada electoral sólo comparable con la vivida en 1964 cuando Lyndon B. Johnson arrasó frente a Barry Goldwater y casi el 65 por ciento de la población salió a votar, no queda más que reflexionar sobre la fidelidad de Obama a las enseñanzas de vigor y tolerancia de su abuela, a la que describió como uno de esos héroes que cruzan en silencio su país, cuyo nombre no está en los periódicos pero que todos los días viven trabajando duro.

Si algo aprendió Obama en su andar por el mundo fue a respetar sus orígenes. Visitó Kenia para conocer la casa familiar y sentir el abrazo de Sarah, su otra abuela, reafirmando su condición del “hijo que vuelve”.

¹ Fragmento del discurso “I Have a Dream” pronunciado por Martin Luther King el 28 de agosto de 1963 en los escalones del monumento a Lincoln en Washington, DC.

Por eso el continente africano aplaudió su triunfo como propio, y hoy Sarah, originaria de la etnia africana lúo, sonrío porque asegura que su nieto será el primer afroamericano en tomar posesión como presidente de Estados Unidos y, también, porque su humilde casa será la primera de la aldea Kogelo en contar con luz eléctrica.

Pero el desarraigo ha persistido durante toda la historia de la América negra, sin que el país se hubiera atrevido a reconocerlo, hasta que el joven candidato demócrata en voz alta propuso una “unión más perfecta”, “ir más allá de nuestras heridas raciales” y advertir que “lo que enajena a la (comunidad) afroamericana no existe en la mente de los negros, sino que es real y debe ser tratado no sólo con palabras sino con hechos”.

Es bien sabido que, contrario a la historia de Rosa Parks, encarcelada al negarse a ceder su asiento a una persona de raza blanca; o de la misma Michelle Obama, cuyos ancestros fueron esclavos del estado de Carolina del Sur, Barack no conoce la humillación que muchos negros han sentido debido al color de su piel.

Pero cuando el 20 de enero la familia Obama-Robinson duerma en la Casa Blanca, habrán pasado dos siglos desde que 122 esclavos negros participaran en la construcción de la mansión para que John Adams durmiera con su familia en ella mientras que los esclavos intentaban descansar entre el lodo y el frío de la planta baja, aún en construcción.

Como Jefferson, Adams reconoció que la abolición de la esclavitud era uno de los mayores desafíos para las Trece Colonias; sin embargo, ninguno tuvo la fuerza suficiente para solucionar el problema por temor a dividir el país.

Fue hasta el primer día de 1863 cuando Abraham Lincoln emitió la célebre Promulgación de Emancipación, reconociendo que “una casa dividida contra sí misma no puede sobrevivir”, pero ni siquiera esa medida ofrecía una solución al problema moral que en el futuro de la historia americana supondría la relación negro-blanco.

Con la abolición no desaparecieron los prejuicios raciales y los afroame-

ricanos pasaron de la esclavitud a la segregación, hasta que en 1955 Parks desató el movimiento más importante de lucha por los derechos civiles, que obligó a que en 1968 la Suprema Corte declarara inconstitucional la Ley de Segregación Racial.

Esta idea del riesgo de una casa dividida inevitablemente resonó en el Capitolio de Illinois, el 10 de febrero de 2007, cuando el senador Obama hizo pública su nominación a la presidencia estadounidense.

Barack nunca sintió el miedo y la rabia por la opresión racial, y quizá por eso es ejemplo de esa esperanza de un mejor futuro, porque le corresponde la enorme responsabilidad de cerrar la brecha de la segregación, inequidad y desesperación que ha invadido tanto las llanuras como los *freeways* y *malls* de Estados Unidos.

Obama sabe que la historia la hacemos todos. Al convertir a los Padres Fundadores en guías no sólo de su discurso de campaña sino de los valores que debe seguir cada estadounidense para recuperar la esencia y el valor nacionales, el futuro presidente se incorporó al grupo de hombres que luchan por la libertad y están conscientes de que “quien admite tener esclavos se esclaviza a sí mismo”.

Previo al fenómeno Obama, el mayor rezago de la historia de Estados Unidos estribaba en la relación entre los Padres Fundadores y el espíritu afroamericano. El triunfo del demócrata va más allá del color de la piel, con lo que no solamente zanjará la grieta histórica que supone la segregación manifiesta y simulada que han padecido los suyos desde siempre, sino que abrirá la puerta de la ilusión a todos los marginados. Estados Unidos es la tierra donde vive la esperanza de un mejor futuro.

Como afroamericano ha reconocido el sufrimiento silencioso y la lucha de los suyos para eliminar las barreras que los separan de la comunidad blanca y superar un “enojo [que] puede no ser expresado en público, frente a compañeros de trabajo o amigos blancos, pero sí se expresa en la peluquería de barrio o en la mesa [...] Esta ira no siempre es productiva; de hecho casi siempre nos distrae

de la resolución de problemas [...] Pero simplemente desear que desaparezca, condenarla sin entender sus raíces, sólo sirve para agrandar el abismo de malentendidos que existen entre las razas.”²

Al frente de Estados Unidos, Obama debe recuperar el espíritu de la nación erosionado durante los últimos veinte años de gobierno dinástico (en manos de dos familias, Bush y Clinton) que, de haberse prolongado con la llegada de Hillary Clinton, hubiera significado el fin de los ideales de libertad e igualdad que forjaron al país.

El 4 de noviembre de 2008 Obama inscribió su nombre en la historia de Estados Unidos y del mundo. A partir del 20 de enero comenzará a escribir historia con el objetivo de consolidar un gobierno de unidad y satisfacer las expectativas de cambio que todos tenemos. —

— ANTONIO NAVALÓN

CRIMEN Y PERIODISMO

¿QUIÉN MATÓ AL CHOCO?

A Blanca. A los huérfanos. A Pepe, a Nacho, a Ale. A los que resisten.

Dos días antes de que Armando Rodríguez, el *Choco*, fuera asesinado, dos individuos mataron a un payasito que pedía limosna en una esquina de Ciudad Juárez. Imagino el diálogo en la camioneta Lobo del año; seguramente uno le apostó al otro una cerveza o un cigarro: “A que no lo matas”, “A qué sí”. Y, pum, el disparo. El payasito cayó sobre su sangre. Y ya. Una nota en alguna página. Una mención en algún parte policiaco. Cero investigación. Este es el México que vivimos. Este es el México que dejará Felipe Calderón porque no está claro hacia dónde va la estrategia, si es que la hubo, o la hay.

Mataron al *Choco* y dejaron viuda a Blanquita y huérfanos a tres infantes. ¿Quién fue? ¿Por qué? Un hombre

² Fragmento del discurso “A More Perfect Union” pronunciado por Obama el 18 de marzo de 2008 en Filadelfia.



Foto: Reuters

Armando Rodríguez (1968-2008).

bueno no merece un final tan triste. Un periodista honesto y valiente (que no vivía de filtraciones y “documentos de inteligencia” sino de periodismo en el campo de batalla) merecería no los aplausos, tan sólo la vida. Lo mataron en Juárez y les digo: mañana vienen por usted y por mí, en donde estemos. Porque nadie puede detenerlos. Porque no queda claro en dónde están los asesinos: si se esconden en las oficinas de gobierno o en casas de seguridad, ¿qué importa?, para el caso es lo mismo. Lo mataron y las esquilas alcanzan la frente de cada hombre honesto en este país.

Armando, dicen las crónicas, sólo pudo tenderse y cubrir el cuerpo de su hija con el suyo. La llevaba a la escuela y después iría a *El Diario*, su casa editorial, desde donde escribió durante más de una década sobre la podredumbre, la corrupción y la mezquindad de los que desde el poder del narco o del gobierno se hacen ricos derramando la sangre de los otros.

Durante la tarde del día en el que Armando fue asesinado, el editor José Pérez-Espino y yo empezamos, en automático, a hacer un recuento de “las bajas” de nuestra generación, allá, en Juárez. No diré los nombres por respeto a ellos y/o a las familias. Sólo reseño que nos faltaron dedos para contar a los que fueron arrastrados por las drogas, a los desaparecidos (porque no sabemos de ellos o porque no los encuentran), a los que murieron

por temas relacionados con el narco. No exagero un ápice. Sólo hay datos de los que, como Armando, fueron víctimas en el ejercicio. Pero muchos otros cayeron o fueron debilitados por las inercias de esta enfermedad terrible que es, creo yo, la corrupción generada por los dólares del narcotráfico. Corrupción que permite la impunidad. Impunidad que nos postra ante el peor de los males del México contemporáneo, sólo tan vergonzoso como la existencia, en pleno siglo XXI, de cuarenta y tantos millones de miserables.

Sólo me queda insistir: a nuestro amigo el *Choco* lo mató la impunidad. Fueron las manos oscuras liberadas por Felipe Calderón y su estrategia poco razonada. La impunidad acabó con Armando Rodríguez y ha hecho víctimas a los civiles que mueren a diario por acciones de una guerra inútil, acaso idiota. Son muertos de este gobierno, a mi parecer, porque se puso a una sociedad contra sí misma, porque se provocó un reacomodo de cárteles, porque se quería ser espectacular (trajecito de militar y fotos para la prensa) y no ir directamente por las cabezas del narco. ¿En dónde están *El Chapo* o el *MZ*? ¿En dónde está el *Lazca*? ¿En dónde *Enedina*, el *Viceroy*, el *Grandote* o el *Nacho*? Siguen libres, disfrutando de fiestones que después se reseñan con corridos y en YouTube. Y mientras, miles pelean contra miles y la sociedad se desangra, inútilmente, porque nadie se queja de la ausencia de coca o de otras drogas. Porque nadie ve que las policías dejen de corromperse. Porque nadie cree que se esté haciendo algo. Si usted le pregunta a un juarense qué hace el Ejército o la Policía Federal Preventiva en las calles, le dirá: “Imponen a otro cártel.” Y dan nombres. ¿Para qué le doro la píldora? Lo escribo porque se grita.

A nuestro *Choco* lo mató la deshonestedad de generaciones de “servidores públicos” que se han vuelto ricos mientras otros, los padres de familia, los honestos, los buenos y decentes, mueren en manos de las bestias.

Adiós, Armando. —

— ALEJANDRO PÁEZ VARELA

VIDAS LITERARIAS

PERSONA SIN IDENTIFICAR

Aunque parece prematura, la muerte en ciertos casos cierra la cifra de un destino infrecuente. No es, como pudiera juzgarse someramente, una tragedia ni una injusticia sino una repentina coronación. El plan de la muerte, como toda transfiguración, significa en esencia un cambio de ciclo. Rito de paso que no se opone al devenir sino que lo cumple a veces con premura. Las vidas breves no son incompletas. Lo que abrevian se concentra sin pérdida porque, entre otras cosas, las obras y los hechos del personaje desaparecido no abundan. Cada huella, cada página, cada anécdota de sus andanzas se resignifican por escasez y se convierten en una reliquia.

Mucho tienen, con todo, que contextualizar aquí también las estadísticas, el promedio de vida de la gente y las calamidades sanitarias de cada época y cada lugar. ¿Fueron suficientes o insuficientes los 34 años de existencia de Gutierre de Cetina, los 44 de Sor Juana Inés de la Cruz, los 36 de Manuel Gutiérrez Nájera, los 49 de Amado Nervo y Rosario Castellanos, los 47 de Xavier Villaurrutia o los 33 de José Carlos Becerra?

Al momento de morir, Ramón López Velarde ya era bastante reconocido e incluso es posible detectar su temprana influencia estilística en la generación que por entonces emergía en México, la de los Contemporáneos. Todos sus amigos y la mayoría de sus maestros no dudaban acerca del lugar inédito que su pluma requería dentro de la literatura mexicana. Difícilmente su figura como autor, con una vida más longeva, pero particularmente con una obra más abundante, habría sobrepasado el bien ganado lugar que ya tenía en 1921. De hecho, su fallecimiento aceleró el proceso de *canonización* de su obra y su persona a partir de entonces hasta extremos no pocas veces delirantes.

Sin embargo, también al final de su vida y en gran parte debido a su filia-

ción carrancista, el profesor de literatura había dejado sus clases en la Preparatoria, el empleado de la Universidad y de Gobernación había renunciado y el abogado había disuelto el bufete que poco tiempo atrás emprendiera junto con algunos socios. Fue a instancias de José Vasconcelos que se le ofreció un empleo en *El Maestro*, una recién creada revista del magisterio. Aquel sería su último trabajo antes de que lo rindiera la neumonía. Por una de esas coincidencias kafkianas de las que estuvo repleta su vida, allí, en una fúnebre oficina de la calle de Gante, compartía horarios laborales con José Gorostiza.

Es claro que no pasaba los mejores días de su existencia. Había intentado ingresar al servicio diplomático, como su hermano Jesús, con la intención de obtener una comisión y pasar una temporada en Europa; pero esta le fue negada e incluso, casi al mismo tiempo, su hermano perdió la suya en París. México atravesaba una revolución y eso no significaba estabilidad para nadie. Los grupos políticos y sus respectivos intereses surgían y se desintegraban de un día para otro cambiando con la misma velocidad el panorama de lo que los historiadores denominan *microhistoria*. Llegó a pasar por su cabeza incluso la posibilidad, bastante bucólica, de irse al campo y vivir de una granja avícola.

¿Cuál sería un posible devenir si Ramón López Velarde hubiera tenido una vida más larga?

Ante semejante, tan incierto entorno, especular un segundo destino imaginario para un escritor como él se antoja abrir una caja de Pandora. A pesar del gran cariño y respeto que sentía mucha gente por él, es claro que no tenía lo que se llama *espíritu de liderazgo*, como, digamos, José Vasconcelos u Octavio Paz. Tampoco una personalidad enciclopédica y cosmopolita como Alfonso Reyes, Salvador Novo o José Luis Martínez. No era un hombre de tribunales ni de plazas públicas. Menos uno de armas y utopías. Aunque —especulemos— es casi seguro que habría simpatizado con el régimen de Lázaro Cárdenas, con los republicanos españoles y con el existencialismo



López Velarde, amigos y ¿la muerte?

francés; bien podría haber comulgado asimismo con el movimiento cristero, con el sinarquismo e incluso es factible que, de haber llegado a coexistir, se irritara con los tajantes reclamos libertarios de los estudiantes de 1968.

Su alma era compleja y por lo mismo impredecible. Ni abiertamente beligerante ni resignadamente cortés, su lugar idóneo yacía dentro de sí mismo. Su verdadero trabajo era ser el amanuense de su propio espíritu. La deteriorada situación económica en la que vivían él y su familia lo llevaba a aceptar con diligencia los empleos que le ofrecía la burocracia metropolitana; pero su dignidad, alerta, le prohibía el fariseísmo.

Mejor cerremos la caja de Pandora y abramos el álbum de fotos.

Hacia 1916 o 1917, en una de las últimas fotografías que se conservan del poeta, aparece un grupo de amigos. La información al pie, como la imagen, es sucinta pero suficiente:

De izquierda a derecha, de pie: Ramón López Velarde, Enrique González Martínez, Rafael López, José D. Frías, Esteban Flores y persona

sin identificar. Sentados en el mismo orden: Alberto Cañas, Jesús B. González, Genaro Estrada, Manuel Toussaint y Tizoc Tovar. *Calendario de Ramón López Velarde*, enero de 1971. (Tomado de: *Un corazón adicto: la vida de Ramón López Velarde*, de Guillermo Sheridan, FCE, México, 1989, p. 169.)

Allí dejaron su imagen quienes lo acompañaban esa tarde. Posiblemente se trataba de una tertulia literaria o bien de una reunión en un inmueble de la calle 5 de mayo, en la cual deliberaban el proyecto de una revista que dirigiría el doctor Enrique González Martínez —quien aparece al lado de Velarde. Allí están también algunos de sus amigos más cercanos, los poetas Rafael López, Jesús B. González y José D. Frías. También, entre otros, el escritor y diplomático Genaro Estrada —autor más tarde de la conocida *doctrina Estrada*— y el historiador del arte Manuel Toussaint. De pie, en el extremo derecho de la imagen, una figura contrasta de alguna manera con las otras. Aparece allí un hombre de edad

indefinible, aunque sin duda el mayor del grupo, vestido con un traje oscuro de tres piezas, corbata y un sombrero negro, más bien a la usanza de mediados del siglo XIX. Al llegar a él en el recuento, el pie de foto indica escuetamente: *persona sin identificar*.

Por las mismas fechas en que fue tomada la imagen, Josefa de los Ríos, *Fuensanta*, fallecía en la ciudad de México. El amor que López Velarde profesaba por esta mujer, tal vez enfermizo pero devoto, fue el mayor dilema que acompañó su vida. La simetría de ambos destinos asusta. Sus nupcias se cumplieron finalmente, como profecía en el poema "El sueño de los guantes negros", en el Mictlan, en el valle de los descarnados. Así, cuando sus corazones fallan finalmente no hay ninguna tragedia sino una consecuencia. Lo que ambos habían amado y buscaban en el mundo parecía haberlos abandonado. Su partida consigna la afirmación misma de su fe: Separarse del mundo es a veces la única forma de seguir amándolo.

Volvamos ahora a esa figura incógnita de la fotografía. ¿Quién es ese anciano del sombrero negro y la sonrisa petrificada? ¿Por qué su presencia parece provenir de otro lugar y otro tiempo, como si se hubiera atravesado su imagen ese día entre aquel grupo de amigos?

No sé. Hace tiempo que me lo pregunto. Pero hay un poema de Eliseo Diego que quizá tiene la respuesta. Se titula "Versiones" y advierte:

La muerte es esa pequeña jarra, con flores pintadas a mano, que hay en todas las casas y que uno jamás se detiene a ver.

La muerte es ese pequeño animal que ha cruzado en el patio, y del que nos consuela la ilusión, sentida como un soplo, de que es sólo el gato de la casa, el gato de costumbre, el gato que ha cruzado y al que ya no volveremos a ver.

La muerte es ese amigo que aparece en las fotografías de la familia, discretamente a un lado, y al que nadie acertó nunca a reconocer.

La muerte, en fin, es esa mancha en el muro que una tarde hemos mirado, sin saberlo, con un poco de terror. —

— JORGE FERNÁNDEZ GRANADOS

CENTENARIO

DIOS Y EL DIABLO EN LA TIERRA DEL SOL

Una de las obras más importantes de un escritor —quizá la más importante de todas— es la imagen que deja de sí mismo a la memoria de los hombres. Lo que se sabe de João Guimarães Rosa (Cordisburgo, Minas Gerais, 1908-Rio de Janeiro, 1967) permite que la memoria social que de él se guarda lo presente como un caballero amable y civilizado, y que la memoria cultural lo tenga como el escritor contemporáneo más alto de su país. Provinciano, médico rural, funcionario voluntario de la Força Pública en el periodo de transición (1933) hacia el constitucionalismo federal, diplomático y —por tan sólo, ay, tres días, para él gloriosos— académico

de la lengua, su trayecto redondeó a una clase de persona que abundó en América Latina entre los comienzos y los finales del siglo pasado. En efecto, en él se daba la dedicación a lo que se conocía como el dominio de las humanidades y el espíritu, esferas ambas vinculadas a la manifestación del arte, y la voluntad de servicio público entendida como actividad que prestigia a quien la ejerce y que ayuda a garantizar la propia sobrevivencia. De José Enrique Rodó a Jaime Torres Bodet, pasando por Alfonso Reyes, Juan Liscano y José Guilherme Merquior, ese tipo es ya una categoría improbable en un continente que ha postergado sus intereses culturales institucionales en beneficio de las alianzas economicofinancieras o las urgencias geoestratégicas.

Guimarães Rosa también fue el representante de un Brasil casi extinto, que desapareció de modo progresivo a partir de la década de los cincuenta y del que ahora quedan algunos vestigios aquí y allá, el Brasil primitivo, agrícola, manufacturero, en el que los hacendados (*fazendeiros*) mandaban y vuelto sociológicamente famoso por el retrato que trazó el *Casa-Grande y Senzala* de Gilberto Freyre. Por su parte, el país que comenzó a dejar atrás tales características fue el que encontró su símbolo en el proyecto de la capitalidad de Brasilia, que marcó el amanecer de un impulso desarrollista. Uno y otro Brasil, a una forma y otra de ser Brasil, Guimarães Rosa daría una voz resonante, brava, única. Puesto en otros términos: su Brasil es a la vez esencialmente arcaico y audazmente moderno. En ese ayuntamiento original hay que discernir la inteligencia de nuestro autor. El portugués es una lengua rancia y añosa

		El INEE evaluó a niños de Tercero de Preescolar	
		Entérate de los resultados en el informe del Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación.	GOBIERNO FEDERAL
		Consúltalo en Internet: www.inee.edu.mx o llama al 54820900 Ext. 1056.	SEP
		Recuerda: Si sabemos como está la educación, ¡podremos mejorarla!	



Una literatura llamada João Guimarães Rosa.

tanto por sus orígenes como por su gramática, y sus hablantes transatlánticos, desde *Macunaíma* al *Manifiesto antropológico* y de este a la poesía concreta, intentarán conjugar ese arcaísmo con un proceso de apropiación dinámica: la creación de lo que Mário de Andrade llamó una “lengua brasileña”.

El papel que Guimarães Rosa desempeñó, entre 1940 y 1960, en ese escenario de tránsitos fue el de una figura central; o, mejor, alcanzó en 1956 la centralidad al publicar la primera versión (la definitiva es de 1958) de lo que se convertiría en un clásico, *Grande sertão: veredas*. Se trató, cabe aclararlo, de una de esas centralidades que ganan los solitarios; a pesar de sus cargos diplomáticos y ministeriales, de su papel en Itamaratí y de su desempeño en Europa como cónsul en Hamburgo, entre 1938 y 1942, donde colaboró en denunciar el ascenso del nazismo y, muy especialmente, en auxiliar a los judíos perseguidos, salvando numerosas vidas, fue un escritor celoso de su obra literaria y del curso que trazaba, hábil articulador de su persona dramática y dueño del altivo rigor de los aislados. Nunca usó en su favor las vinculaciones políticas, se mostró reacio a la facilidad y fue intransigente con sus ideales artísticos.

Los títulos que de Guimarães Rosa van apareciendo desde 1940 (*Sagarana*, 1946; *Corpo de baile*, 1956) informan que sus asuntos y sus formas quieren marcar desde el comienzo un territorio propio que, a la vez que se inscribe en la evolución de la literatura brasileña, pretende darle a esta un cauce nuevo y, sobre todo, una ambición de estilo y otra profundidad de calado. De ahí, por ejemplo, que los temas indigenistas y rurales y que las

obsesiones ideológicas y sociales, caras al regionalismo, se vuelvan en sus manos menos misionales y más literarias. Hijo de una literatura dominada por el neonaturalismo y la aspiración documental, de una literatura que se ocupa en registrar la decadencia de la aristocracia agraria y la formación de un proletariado urbano, y que en su secuencia histórica provocara la emergencia de unos autores y títulos cancinamente testimoniales y porfiadamente desangelados (es el caso de las piezas de José Lins do Rego, de Rachel de Queiroz, de Graciliano Ramos), Guimarães Rosa se inspira en unas fuentes similares con la explícita intención de retorcerlas y liquidarlas. Su obra es, en este sentido, una impiadosa (y, por momentos, amistosa) empresa de demolición. Ilustremos este punto. En Guimarães Rosa no deja de confirmarse la vieja sentencia de la literatura latinoamericana de que la selva devora a sus hombres. Pero la selva adquiere en él unas resonancias que alían lo primitivo con lo sagrado, que mezclan un mundo que es reconocible y un mundo que es insondable. Para decirlo pronto, asoma algo que es distinto de cuanto se estaba haciendo. Tanto en *Sagarana* (que reúne doce *nouvelles*) como en *Corpo de baile* (que reúne siete “narrativas”), los temas y los problemas apuntan a que el protagonismo sea el de la lengua, no sólo como vehículo de transmisión y comunicación sino como encarnación de esa reverberación inapresable que se empeña en escarbar en el sentido final de las palabras, que inviste al lenguaje con la potencia de lo espiritual y lo simbólico. Más: allí los territorios son reales de lesa realidad pero sus atmósferas empiezan a teñirse de milagrosas cuando no se tornan franca representación de una fuerza sobrenatural o demoniaca. El *sertão* que recrea Guimarães Rosa colinda con un más allá donde las almas transmigran y las evidencias enseñan sus dobles fondos y sus dobles filos.

Guimarães Rosa confesará en algún momento que *Sagarana* fue escrito “en siete meses de exaltación, de deslumbramiento”; ese arrebatado, todo lo romántico que se quiera, ya anuncia un modo distinto de acercarse a los materiales humanos y literarios. Anuncia algo más, que acabará por

volverse marca distintiva de Guimarães Rosa: el designio de que el *povo* (el pueblo no como entelequia o ideología sino como parábola y destino) encuentre una expresión propia, de la misma manera en que el pueblo mexicano encuentra su expresión en las obras de Juan Rulfo. Dicho de otro modo: allí despunta una ósmosis entre literatura y geografía —y, como prolongación, una ósmosis entre mitología y moral, entre oralidad y escritura, entre pasado y presente. De ahí que la “lengua” de Guimarães Rosa tenga claros retumbos portugueses (a menudo se escucha en ella un eco soberbio de *Os Lusíadas*), aparezca muy marcada por lo brasileño y sea, en definitiva, una síntesis personalísima. De ahí, en un paso más, que en las páginas de Guimarães Rosa crezca la doble certeza de que el caudal del mundo es más fuerte que el hombre, pero que la interpretación del mundo es aún más fuerte.

Grande sertão: veredas implica una culminación. Es un libro que es muchos libros. Es el relato monólogo de Riobaldo, que cree haber hecho un pacto con el diablo y tiene una relación erótica con un joven que es como un querubín y un ángel de la guarda y que al fin resulta ser una mujer sin que la revelación borre (al contrario: la agudiza) la ambigüedad táctica que permea y absorbe al conjunto de las situaciones. Es una recuperación y una reelaboración del cuento popular que hace del diablo un personaje mítico y una suerte de divinidad a la vez concreta y huidiza. Es una narración que recrea el mito arcaico del hombre que se enfrenta a una figura monstruosa o a un laberinto invisible. Es un libro en el que desaparecen las fronteras entre el logos y la razón, entre una forma de civilización y una forma de barbarie. Es un libro que —como el *Quijote*— recrea críticamente, y paródicamente, a un arraigado género literario, y a sus personajes consuetudinarios, propio de unas tierras brasileñas, y cuyos propósitos apuntan a instigar el equívoco deliberado, la sospecha discernidora, el simulacro como fundamento fantasmal. La cadena de libros posibles expuesta en estas líneas sólo tiene —si es que tiene, cabe reconocerlo— una modestísima y

acaso impertinente utilidad retórica. La obra de Guimarães Rosa sucede gracias a su incoherencia y no a su plan, a sus ambigüedades y no a sus explicaciones. La obra es, como sus personajes y sus sucesos, polisémica y polifónica: escribe y borra lo que escribe, dice y niega lo que dice, construye y destruye, una voz es singular y también plural.

Es un libro, entonces, que se vuelve memorable. ¿No es ese alto cometido lo que define a un clásico? ¿No es ese el rango común que vincula a la *Odisea*, la *Divina Comedia*, el *Quijote*, *The Waste Land*? João Guimarães Rosa, que al final de *Grande sertão: veredas* sitúa, para cerrarlo y al mismo tiempo para abrirlo, el signo del infinito (∞), sabía que estaba trabajando para sumarse al flujo mítico donde habita lo memorable. Es muy probable que también supiera que una memoria es una tradición. —

— DANUBIO TORRES FIERRO

PROYECTOS NARRATIVOS MICHAEL KIMBALL, MÉDIUM

El bullicio que hoy día campea en el orbe literario, y sobre todo en la esfera novelística, no puede silenciar una voz como la de Michael Kimball, que con tres breves pero sustanciosos libros editados en un lapso de ocho años se ubica ya entre los auténticos renovadores de la narrativa contemporánea en lengua inglesa. Dije voz pero más bien debería decir voces, ya que Kimball es dueño de un oído sensible y privilegiado que le permite fungir como una especie de médium de los seres disfuncionales que pueblan su obra, similar a una sesión espiritista en la que se invoca la presencia de Raymond Carver y otros cirujanos que auscultan el corazón de las tinieblas humanas con la levedad, la rapidez, la exactitud y la multiplicidad preconizadas por Italo Calvino. El propio Kimball admite esta condición mediúmnica en una entrevista concedida a raíz de la aparición de su segunda novela, *How Much of Us There Was* (2005), un logrado

melting pot publicado entre *The Way the Family Got Away* (2000) y *Dear Everybody* (2008) que fusiona no sólo la ficción, las memorias y la autobiografía sino el duelo, la historia familiar e incluso el contacto con el más allá: “Luego de oírme leer un fragmento de *The Way the Family Got Away*, un amigo pintor me preguntó si estaba canalizando voces. No lo había pensado así, pero a veces me siento poseído por mis personajes: no de una forma disparatada, sino quizá como le ocurre a un actor cuando interpreta un papel. Escucho dentro de mí las voces de mis personajes, vivo con ellas por un tiempo y las acallo al ponerlas por escrito.” Esta suerte de nuevo coro griego que canta las tragedias más íntimas de la Gran Familia Americana ha empujado al autor a involucrarse en un par de proyectos alternativos que dan voz a los que por lo general no la tienen. *Michael Kimball Writes Your Life Story (on a postcard)*, pieza interactiva diseñada para Transmodern, el festival anual de performance celebrado en Baltimore, acabó por extenderse gracias al teléfono y el correo electrónico; como el título indica, el escritor redactó la biografía de gente común y corriente en postales que ahora se encuentran en postcardlifestories.blogspot.com: las *Vidas imaginarias* de Schwob traducidas a la realidad de la era cibernética. Por su parte, *I Will Smash You*, documental en colaboración con Luca Dipierro que se estrenará este otoño, se gestó al cabo de una convocatoria lanzada en internet en la que Kimball invitaba a los residentes de Baltimore —y a todos aquellos dispuestos a acudir a esa región— a ser filmados entre el 29 y el 30 de marzo de 2008 mientras destruían un objeto con un significado personal: “Puede ser cualquier objeto y cualquier razón por la que quieres destruirlo (positiva, negativa, ambivalente, etc.)” La canalización de voces vuelta canalización de emociones insondables.

Con todo, no hay que perder de vista que el principal filón de Kimball es el literario: “Mi familia explica el que yo sea escritor diciendo que heredé de mi abuelo el llamado para contar historias.” Es justo la figura del abuelo materno del autor la que sobrevuela con mayor

intensidad sus dos primeras novelas, una presencia patriarcal que consigue opacar al padre. *The Way the Family Got Away*, traducida por Tusquets como *Y la familia se fue*, nace de hecho de una anécdota referida por el abuelo de Kimball y reformula la *road novel* merced a la odisea que una parentela sacudida por la muerte reciente del benjamín —un bebé cuyo cadáver embalsamado viaja en el auto junto con las escasas pertenencias familiares— emprende a través de una Norteamérica profunda que parece pintada por un Edward Hopper que hubiera cambiado los tonos pastel por una paleta sombría, luctuosa. *How Much of Us There Was*, mientras tanto, abreva en la relación de los abuelos maternos del escritor —que se incluye como voz narrativa a modo de contrapunto— para hacer una estremecedora radiografía de la enfermedad y la vejez, la agonía y la pena: en pocas ocasiones las luces de hospitales, asilos de ancianos y funerarias han brillado con tan descarnado vigor en la literatura. El uso de elementos autobiográficos es patente también en *Dear Everybody*: Jonathon Bender, el memorable protagonista, meteorólogo de un canal de televisión de Jefferson City que se suicida inhalando monóxido de carbono en el garaje de su casa, comparte lugar y año de nacimiento con Kimball (Lansing, Michigan, 1967); y aún más: ambos, creador y criatura, llegan al mundo durante una ventisca feroz, por lo que sus padres deben ser escoltados hasta el sanatorio por una máquina quitanieves. *Dear Everybody* es precisamente el grado más alto de la experimentación mediúmnica realizada por el autor: si *The Way the Family Got Away* divide la batuta narrativa entre el hermano y la hermana del bebé muerto y *How Much of Us There Was* plantea una carambola a tres bandas entre el abuelo, la abuela difunta y el nieto, aquí las voces proliferan en un verdadero ensamble coral que explora la disfunción doméstica, el abuso infantil, la alienación social y las fracturas mentales. A las cartas de disculpa o gratitud, rabia o tristeza, odio o ternura, que Jonathon Bender dirige pero nunca envía a una pléyade de destinatarios disímiles se suman extractos del diario de su

madre y de anuarios escolares, recortes de periódicos y enciclopedias, anotaciones y listas extravagantes hechas en cuadernos, charlas de diversos personajes con Robert —el hermano menor de Jonathon que sirve como editor del material que se nos ofrece— y un extenso etcétera que permite armar el rompecabezas de una vida y una voz agrietada por la esquizofrenia y la paranoia. “A veces creo que lo que hago es canalizar voces. Escucho cosas que me dice gente que no está aquí y las pongo por escrito”, confiesa el Michael Kimball de *How Much of Us There Was*: palabras que hallan eco en el Michael Kimball de carne y hueso, el médium que ya está captando el futuro de la novela. —

— MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

LITERATURA

LA SONRISA EN EL BALCÓN

No intentaré en estos párrafos el imposible esfuerzo de abarcar toda la obra de Jorge Ibargüengoitia ni limitaré mi empeño al elogio, de por sí irrefragable. Diré que hay un aspecto de su maravillosa literatura que la distingue sin que se agote en las sobremesas: Ibargüengoitia era guanajuatense y quienes profesamos esa querencia insistimos en cuadrarlo en esas coordenadas. Los que saben de pintura y miden los trazos por academias celebran tanto la obra de Hermenegildo Bustos que a veces olvidan subrayar que los óleos del gran pincel, vecino de San Francisco del Rincón, no hacía más que pintar todas las frutas tal cual, como muestrario de los sabores de las nieves que vendía, más que como bodegones de naturalezas muertas destinadas a los terciopelos de un mueso. Los críticos podrán hallarle grandes referencias a sus retratos de frente y de perfil, pero bastaría que se dieran una vuelta por San Pancho hoy en día para ver deambulando, de carne y hueso, no los fantasmas de los retratados por Bustos sino sus descendientes directos, intocados por la pátina del tiempo.

Algo similar sucede a través de las

novelas, cuentos, artículos de Ibargüengoitia, donde su drama se vuelve casi la biografía de personas conocidas o, peor aún, dizque reconocidas. En realidad, *Cuévano* es y no es Guanajuato, el estado de *Plan de Abajo* se medía muy en paralelo a los vaivenes irracionales de la vida real del Bajío, pero no todos los habitantes de *Muérdago* o los ilusos de *Pedrones* se reconocerían minuciosamente en los prediales de León o San Miguel de Allende.

Jorge Ibargüengoitia nació en Guanajuato, en 1928; misma querencia y año de mi padre. De niños, jugaban en el Colegio Grosso de la ciudad de México y estudiaban fuera de las aulas, como debe de ser; en torneos de caballeros andantes con escoba en ristre por Chapultepec, en ingeniosas travesuras que justificaban el paso de todas las tardes y en los libros donde leían todas las aventuras antojables. Aunque la mayoría de mis parientes poblaron León (*donde hay muchísima gente, pero muy pocas personas*), hubo un ayer en que, por expropiaciones y reformas agrarias, mis abuelos tuvieron que cargar con todo y niños a la ciudad de México. Por su muy temprana orfandad paterna y por esperanzas paralelas, Ibargüengoitia también tuvo que crecer, a la sombra de sus tías, en la capital. Entonces, de niños, mi padre y dos hermanos mayores se hicieron no sólo amigos sino cómplices de Ibargüengoitia: cuando andaban de buenos, jugaban a las canicas, pero en la mayoría de sus locas andanzas practicaban el juego —ahora políticamente incorrecto— de “La Cruzada de las Gatas”. Armados con cascos de cartón y escobas en ristre, lanzaban cargadas como de caballería rústica contra todas las sirvientas de azotea, nanas en Chapultepec o cocineras que venían del mercado con sus cantaritos de leche pura. Según recuerda mi padre, una de las mejores puntadas que se aventó el niño Ibargüengoitia fue cuando le cambió los letreros a los baños en cierta tienda departamental de prestigio. En cuanto entraba alguna señora, con urgencia mingitoria, y descubría jovencitos en el baño de damas, empezaba el regaño con *¡Muchachos facinerosos! o ¡Pervertidos del Demonio!* El propio Ibargüengoitia se encargaba, bajo zapes, de enseñarle a la señora el letrero que los exculpaba. La

dama en turno, al filo de orinarse, se disculpaba entonces con los niños y pasaba a alzarse las naguas y bajarse los chones en pleno baño de Caballeros. Más de una vez se escucharon geniales alaridos femeninos (o alguna ronca sorpresa masculina) mientras los niños ya iban corriendo de salida.

Aunque no fuera de Guanajuato, Ibargüengoitia bien pudo haber florecido como observador perspicaz, comentarista agudo y sarcástico de las muchas irrealidades irracionales que nos rodean, pero precisamente porque era guanajuatense tengo para mí que era un cervantino y quijotesco cuya inevitable dioptría distinguía claramente entre el cultivo serio del sentido del humor y eso que tan fácilmente calificamos como *chistoso*. Como un Chesterton de Coyoacán era capaz de describir como navegación accidentada en alta mar el viaje en pesero hasta el Zócalo de la ciudad de México, y como un Stevenson, perdido en islas del lejano Pacífico, nadie como Ibargüengoitia para detectar en cualquier aeropuerto europeo que ese misterioso fulano que lleva pantalón verde, calcetines naranjas y mocasines gastados no es un polaco disfrazado con la ya clásica combinación de los nacidos en Moroleón, Guanajuato, ¡sino, efectivamente, un paisano despistado que precisamente nació en Moroleón, Guanajuato! Nadie como Ibargüengoitia para denunciar en tinta los abusos de quienes se creen *muy-muy*, los que van a por todas y además las ganan, los funcionarios corruptos, las secres gordas que estorban, los enredos de un burócrata. Con el sarcasmo como conciencia, con ironía pensante, Ibargüengoitia haría sonrojarse a cualquier y todo mamón que se creyera infalible, incólume o inmortal. Ayer, como hoy, nadie como Ibargüengoitia para poner en evidencia, por lo menos para avergonzarlos, a quienes se miran tranquilamente en el espejo con la conciencia más negra que la cara de Tezcatlipoca. Contra todos los injustos, él era un Justo que subrayaba con gracia la desgracia de los soberbios, esos que no habiendo cometido ninguna ilegalidad no tienen manera de disfrazar su inmoralidad. —

— JORGE F. HERNÁNDEZ